

Imperativo de la Hora: La Educación Vial en la Escuela Primaria

DOMINGO LUIS TODESCHINI

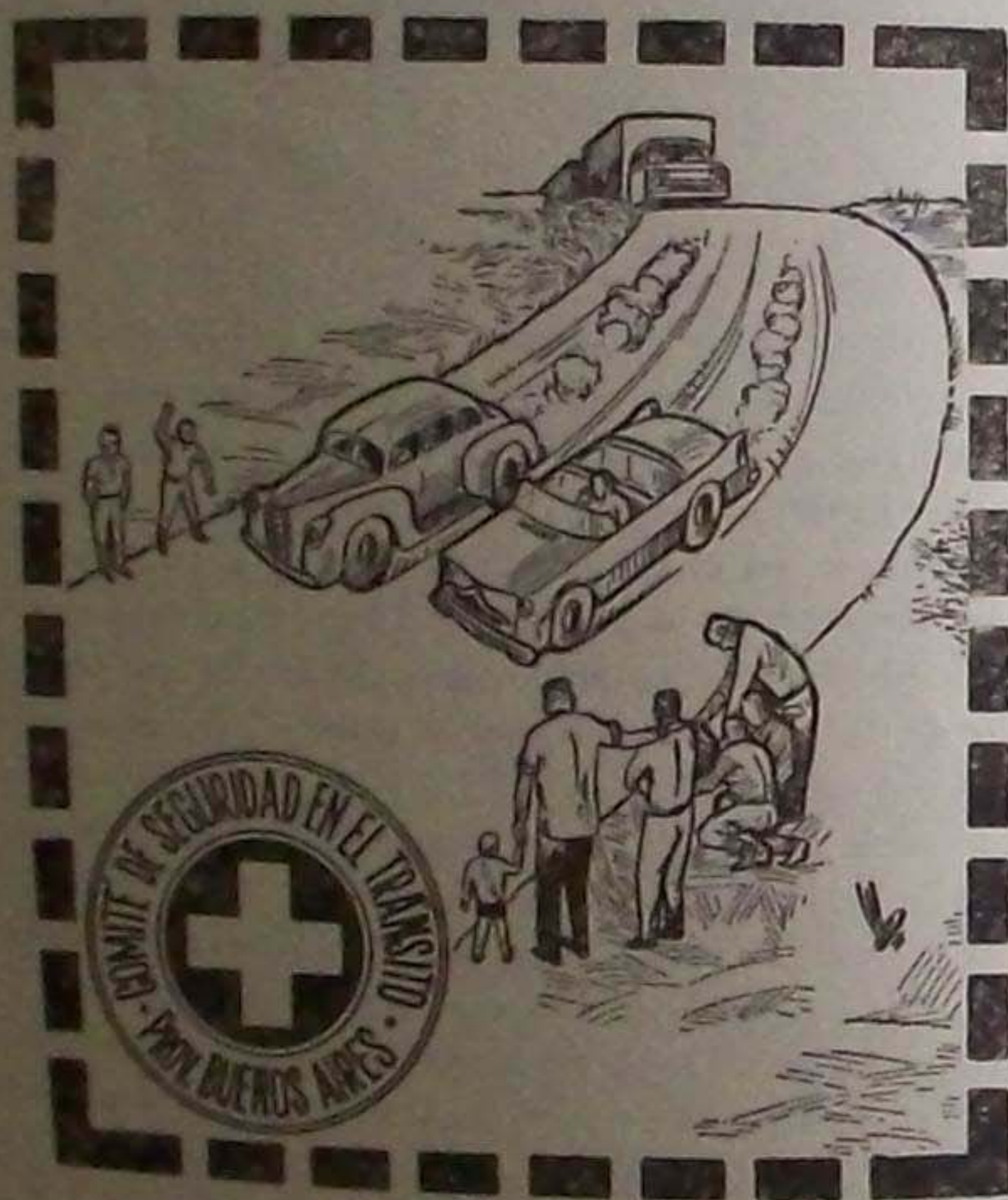
LA NECESIDAD de impartir educación vial en las escuelas primarias y secundarias se hace cada día más imperiosa, constituyendo un mandato de la época, de este avanzado siglo XX en que el hombre intenta llegar a otros planetas sin haber logrado, no obstante, solucionar los complejos problemas que se plantean en el propio. Cada vez más pequeña en razón de los progresos de la ciencia y de la técnica, la Tierra, surcada por rutas y caminos ofrece al hombre cada día más oportunidades de comunicación, en el amplio sentido de la palabra: espiritual y material. Es evidente que el camino y el vehículo caracterizan en buena parte nuestra época y, en cierta medida, los índices de uno y otro están vinculados al nivel de progreso y bienestar de los pueblos. Sabido es que no existe auténtico bienestar sin la base de la educación previa. Estas muy breves consideraciones sólo tienden a señalar la importancia de la educación vial en nuestros días y la urgencia de incorporarla a los planes de estudio especialmente los de la escuela primaria, a la que corresponde el gran papel de fijar las bases de una educación que hace a la seguridad, a la disciplina, al respeto de la vida propia y ajena, así como al cuidado de los bienes de la comunidad.

Si educar es "preparar para la vida", si los objetivos de la educación señalan como meta la formación integral del niño, desarrollando, o mejor dicho ayudándole a desarrollar sus aptitudes ¿cómo permanecer ajenos a una realidad de la hora, a una necesidad que han reconocido ya, por otra parte, los países más evolucionados los que ostentan los índices más bajos de analfabetismo, tales como Holanda, Suecia, Dinamarca, Francia, Estados Unidos de América.

En estas naciones se instruye desde hace años a los niños en materia de caminos y de tránsito, no sólo mediante clases, películas, conferencias sino en forma práctica llegando hasta la creación de las "patrullas escolares" feliz rea-

lidad en la que colaboran los organismos que dirigen la educación con los que tienen a su cargo la seguridad y el orden.

En nuestro país la institución del "Día del Camino" y su posterior inclusión en el Calendario Escolar marcó sin duda un hito importante en el lento proceso de la enseñanza vial. Es evidente ya que los programas en vigencia



por lo menos los de la provincia de Buenos Aires contienen temas vinculados a la importancia del camino y a las leyes del tránsito. Citamos como ejemplo, un tema que figura en los grados inferiores:

"Normas de cooperación en las actividades del aula, en el hogar y en la calle. Normas de convivencia". En los grados superiores: "vialidad nacional e internacional. Rutas camineras, puentes, etc.. Pero de la lectura mecánica de los programas de enseñanza vigentes surge el concepto de insuficiencia en esta materia, cuyas posibilidades van mucho más allá del adiestramiento del niño en lo que a normas de tránsito se refiere, pues ofrecen la perspectiva de formar conciencia colectiva, en un plano que de desarrollarse en

forma inteligente y orgánica conduciría a nuestra niñez y juventud, a la vivencia de valores éticos, estéticos y económicos.

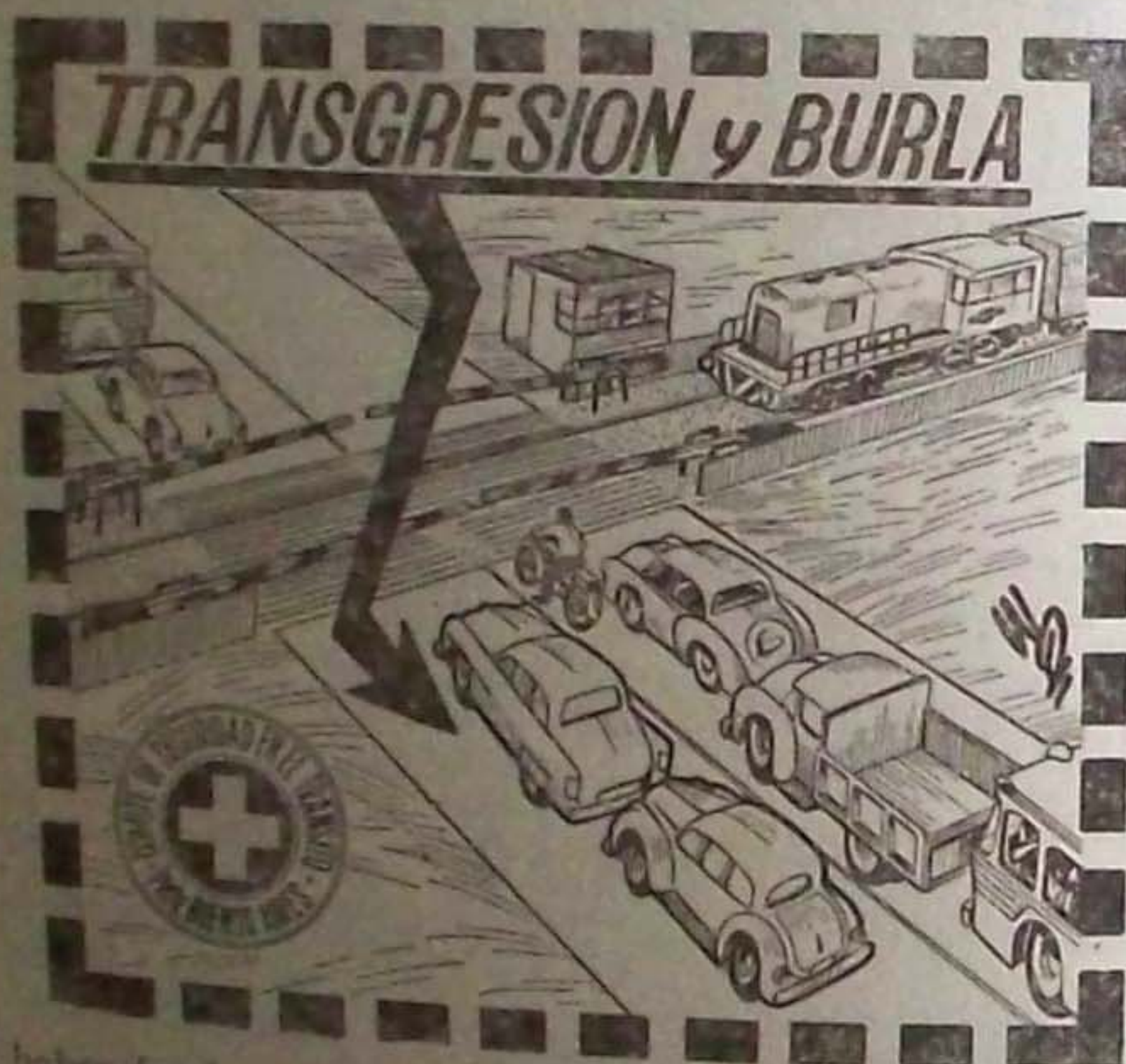
Es indudable que las generaciones anteriores hemos recibido escaso aporte educacional en materia de educación vial. Incluso, pertenece a las últimas décadas, por razones obvias, la creciente preocupación por destacar la impor-



tancia social, económica y política que tienen las rutas y los caminos. De nuestra falta de formación puede ser justa resultante el grado de irresponsabilidad de los conductores de hoy. Con dura enseñanza y tributo de vidas humanas estamos aprendiendo lentamente a respetar normas, límites de veloci-

dad, reglamentaciones que, en definitiva, han sido hechas para preservarnos.

Aún pagamos precio de sangre por "pasar en las curvas", desobedecer señales, viajar a velocidades excesivas, conducir vehículos con desaprensión, con falsos alardes de intrepidez. Todo ello sin hablar de otros aspectos menos cruentos, pero negativos como son la destrucción deliberada de señales, deterioro de obras, en momentos en que todos los esfuerzos resultan escasos para dotar al país de una red vial acorde con sus necesidades, reclamada por el progreso.



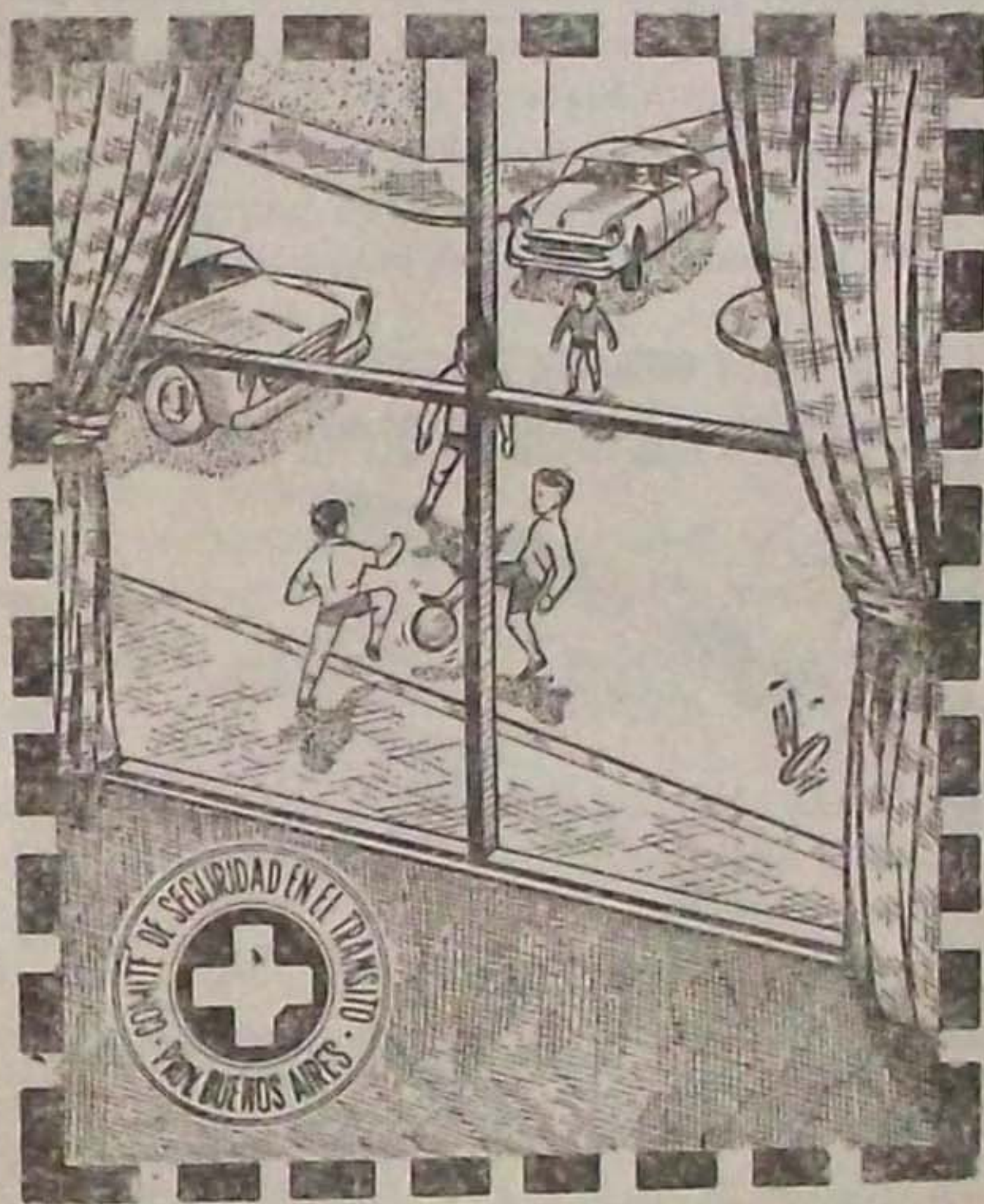
Creo haber fundamentado la conveniencia, a mi juicio urgente, de implantar la educación vial en nuestras escuelas en forma orgánica, planificando la enseñanza de tal modo que no sea sólo teórica e incidental, sino práctica, incorporándola realmente a la formación de la niñez.

Por otra parte los maestros sabemos que el niño, objeto de nuestra inquietud y en torno del cual gira el quehacer docente, es quien frecuentemente despierta nuestras dudas y nos señala el camino con la evidencia de su propio interés. El niño de hoy vive el ritmo de su tiempo, interesándose vivamente por el automóvil, la aviación, la mecánica, en una medida que debe llevarnos a la reflexión y al aprovechamiento eficaz de esa inclinación que portadora de energía en espíritu, comprensión, eficiencia.

La escuela deberá de serlo o entrará en agonía si permanece estática afeitada a viejas moldes, ignorando la apasionante evolución del mundo y del

hombre en este siglo. Es, y tiene que serlo cada vez más, actor y no espectador. No quedar jamás al margen del camino enterándose de lo que pasa sin entrar en él.

Dinámica, activa, la escuela tiene que tomar todos los elementos que la vida pone a su alcance para lograr su cometido, la "formación en plenitud".



Los fines de la educación parecen ser los mismos desde el fondo de la historia y pueden sintetizarse en el logro de la perfección física y espiritual del hombre. Desde Platón que definía la educación "como una actividad que consiste en proporcionar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección de que son susceptibles", pasando muchos siglos después por Rousseau, Comenio, Pestalozzi, para quien la educación conduce hacia la perfección, la gracia y la plenitud de la capacidad humana", hasta llegar a nuestros días con Decroly "el fin de la educación es desarrollar la vida" o a John Dewey para quien educar es reconstruir, reorganizar en base a la experiencia, es evidente que a pesar de las diferencias de época, lugar, grupo social, etc., el ideal de la

educación, la meta ha sido y es hoy más que nunca, el desenvolvimiento integral del niño, el desarrollo integral, con preeminencia de lo formativo sobre lo informativo.

Los métodos han evolucionado e incluso el "hombre ideal", el tipo humano varía según la sociedad, el lugar, el tiempo. (Esparta educaba para formar el guerrero; Atenas y luego Roma tendían a formar el hombre político; el Renacimiento nos dio artistas y humanistas, la Edad Media cultivó el espíritu religioso, los tiempos modernos buscaron el hombre ilustrado).

¿Cuál es el ideal humano de hoy? Por muy inseguro que pueda parecerse el mundo actual rápido, cambiante, con progresos científicos y técnicos superiores a los habidos en milenios, es indudable que la escuela es y será



factor preponderante. El arquetipo buscado estará sujeto por cierto a la idiosincrasia de cada país, su raza, su grado de desarrollo. No creo aventurado expresar que es anhelo común de los argentinos formar en nuestras aulas hombres con sólidos principios, fervoroso espíritu nacional que no impida sino acrecientamiento en todas las órdenes.

Para lograrlo, la educación vial puede ser un elemento más, pues la índole de las enseñanzas que podría involucrar su contenido, aparte de lo meramente informativo, nos llevaría a la práctica de la solidaridad, el respeto de la vida y bienes propios y ajenos, en síntesis, las formas más altas de la convivencia humana.